

LOS ESTRAGOS DE LA RAZON

Raimundo Emiliani Román

Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962.

Ediciones Tercer Mundo de Bogotá, continuando con su serie de publicaciones de autores nacionales de primer orden en nuestro panorama intelectual, brinda hoy una buena oportunidad a los lectores colombianos, de conocer la extraordinaria obra de uno de los más acabados pensadores de las generaciones jóvenes de nuestro país.

No es precisamente ésta la primera escapada que Emiliani Román hace por los arduos senderos de la filosofía; su trayectoria de hombre aficionado a este tipo de disciplina es bien conocida, prueba de ello es su obra **"Fuentes del conocimiento"**, publicada hace doce años, en la cual, después de mostrar con rigor escolástico el método de la sicología, emprende el estudio razonado sobre el conocimiento sensible de sus diversas etapas para terminar con la exposición del conocimiento intelectual en toda la problemática que tan difícil cuestión plantea a la filosofía.

Ahora, bajo el título de **"Los Estragos de la Razón"**, nos ofrece Emiliani Román un formidable alegato en el cual culpa a la razón de la tremenda crisis que en forma agobiadora tiene sumido al hombre contemporáneo; en forma polémica plantea tan palpitante cuestión y lo hace con una dialéctica convincente y haciendo gala de un es tilo literario límpido y una formación filosófica acrisolada.

"La vida —dice— tanto social como individual, siempre ha estado en crisis", pero agrega: "que padecemos, pues, una crisis, nada tiene de anormal ni de desesperante. Lo anormal, es su característica de tristeza, pues la vida parece haber perdido todo sentido, de modo que nos movemos como sombras lúgubres que lastimosamente ululan la ignorancia de las causas de sus males".

Analiza Emiliani con gran penetración, cómo el racionalismo ha logrado penetrar los recintos venerados de las ciencias que hacen relación al hombre. Cómo las ciencias han sido substituídas por sistemas racionales que con criterio matemático quieren resolver de manera amañada todos los problemas que el hombre tiene que afrontar y que requieren soluciones más acordes con la naturaleza humana. El hombre mismo ha sido traducido a una serie de datos matemáticos. El desmesurado apego a la razón es la causa de la distorsión del hombre, de la pérdida de su unidad vital, la que lo ha llevado a la encrucijada donde hoy se le encuentra.

Ratifica Emiliani el concepto, que ya constituye un lugar común, y es el de que el hombre ha sido substituído por la máquina, pero el autor de "**Los Estragos de la Razón**" no se limita a hacer un enunciado al estilo de los pesimistas de toda laya, sino que va al fondo de la cuestión y nos dice el por qué de tal situación, señala como culpable a la razón materializada.

"La máquina ha substituído al hombre y la crueldad de la técnica sus sentimientos humanos". Los valores espirituales han sido substituídos, se ha extraído de ellos su verdadero contenido. Hoy, para el hombre los valores existen en la medida en que puedan ser razonados. La justicia, la libertad, la vital calidez del amor, han sido sometidos sin misericordia a la frialdad calculadora de la razón.

En el Capítulo de "**La Transmutación de la justicia**" expresa el autor cómo la razón razonante convierte a la justicia en fuerzas deshumanizadas, como el orden social, y al derecho en el imperio de las formas sin contenido.

Siendo como es la justicia, dura, fría e implacable, necesita ser atemperada de modo que no atente contra los sentimientos humanitarios más elementales. La equidad, entonces, —dice— es un nombre inventado para disipar la contradicción de que la justicia es injusta conforme a su razón razonante. . . "Astrea no es el símbolo de la justicia, sino el símbolo de la transmutación razonante de la justicia. tiene los ojos vendados, cuando la justicia por el contrario, necesita ver bien claro con los ojos profundos para disipar las tinieblas de intereses y prejuicios bastardos; porta una balanza, para pesar y medir como quería Aristóteles, cuando la vida, siendo diversificación y cambio, rechaza ese tratamiento de mercadeo; y blande una terrífica espada, cuando el principio de la justicia está en el amor sin el cual todo se contamina de codicia. Es que Astrea no es la justicia: es el derecho. El arte y su mito delatan los extravíos del racionalismo".

Al hablar de "**La Cábala jurídica**", nos dice el autor cómo la transmutación de la justicia en derecho conduce entonces al hecho de que el derecho ha de buscar su fundamento en sí mismo, y buscar su razón de ser en sus notas constitutivas: normatividad y seguridad sociales, lo que conduce a aberraciones fatales. Ya no se hablará más de justicia sino de fuerzas implacables y deshumanizadas que como el orden social o la seguridad de la sociedad, se imponen al individuo contra su querer, desaparecerá entonces la voluntad. Y desaparecida la voluntad, la libertad será una simple palabra y nada más. La ley desalojará la justicia y será la suprema dispensadora de bienes. "Y toda la majestuosa arquitectura jurídica, orgullo de la humanidad, no será sino una técnica de iniciados, una técnica de la más baja estofa, en fin, una cábala de tinterillos y cagatintas mediante la cual todo puede embrollarse de tal modo que dos y dos no son cuatro, se absuelve al culpable y se castiga al inocente".

En el Capítulo "**La moral insincera**", Emiliani Román nos dice cómo llega el momento en el cual, la razón siente la esterilidad de sus fuerzas, el crujir quejumbroso de sus débiles arquitecturas, y entonces busca un último refugio en su angustiosa retirada. Aparentemente humilde la vemos recurrir a Dios. Y esta actitud se puede interpretar como una claudicación sin condiciones mediante la cual se reconoce la existencia de otros valores, o trata de tendernos asechanzas a través de juegos de palabras sin sentido. Pero es que la razón sin el auxilio de la fe no va a ninguna parte. Las pruebas razonantes de la existencia de Dios no le sirven sino a quien por anticipado tiene la fe en su corazón. Así, los racionalistas reconocen la existencia de valores que ellos mismos han llamado irracionales, o su falacia queda al descubierto. Pero la razón es incapaz de fundamentar los valores morales.

"La moral razonante, por deficiencias propias de la razón, nos dará como fruto al hombre insincero. Y de la educación hará una cátedra de oportunismo. Y de la política un sistema de totalitarismo. Todo bajo el pretexto de que la razón debe dominar".

En "**El cadáver productivo**" señala el autor cómo en el materialismo dialéctico no hay ninguna contradicción, como se ha pretendido, diciendo que, o es materialismo, y entonces no es dialéctico, o es dialéctico y entonces no es materialismo; contradicción que llevaría al comunismo al más estrepitoso fracaso, pero el tiempo se ha encargado de demostrar que ese pretendido fracaso no se vislumbre en el horizonte, y el comunismo se vigoriza cada día en forma avasalladora. La falla de esa predicación hay que buscarla en el dilema. Ella

radica en suponer que materia y razón son contradictorias, cuando son por lo menos, coincidentes, ya que el dominio propio de la razón es la materia. Que el materialismo se desenvuelva a través de la dialéctica es apenas natural, ya que la materia es el medio en el cual la razón se desarrolla con mayor amplitud.

La semilla de la racionalización material se encuentra en Hegel, y sus seguidores de izquierda no lo han tergiversado ni traicionado, "se han limitado a limpiar su dialéctica de toda fraseología y vestigios religiosos, para sacarle el zumo que podría brindar". No se limitaron sus seguidores a aceptar el proceso dialéctico de tesis, antítesis y síntesis, sino que se inspiraron en el fondo mismo de la doctrina, que identifica lo real con lo racional.

Para el socialismo el hombre es un ente económico determinado por factores económicos y destinado a la producción y consumo de factores económicos. El mundo quedará reducido a un vasto sistema de producción y el hombre a su principal instrumento. La técnica lo dominará todo, así llegará la humanidad al paraíso comunista: a la elevación del nivel de vida. A ello trata de llevarnos el impulso materialista de la razón, que proyecta al hombre hacia un mundo cuantitativo que debe satisfacerse a sí mismo incluso como respuesta a los interrogantes espirituales.

Termina el autor este capítulo transcribiendo un espeluznante relato que hace Bodard de la forma como el cadáver humano es empleado en la China de Mao, como abono para los sembrados, y los gusanos que en él se producen se destinan para alimento de las aves de corral. La muerte pone fin a una unidad de rendimiento y se hace un favor al difunto empleando su cuerpo para alcanzar una mayor productividad, se prolonga pues lo que era su razón de ser en el mundo de los vivos.

La parte final de "Los Estragos de la Razón" no es menos importante que el resto de la obra; la titula el autor "La entrega de la fortaleza" y en ella se lamenta de cómo Occidente ha ido despojándose de los valores cristianos que antes constituían su mayor orgullo y lo diferenciaban del Oriente ateo y materialista. De esos valores no queda sino la cáscara verbal sin contenido, han quedado reducidos a fórmulas verbales al servicio de la rutina del lenguaje.

"Es frecuente oír de labios de los más denodados defensores de la libertad, que ella es abstracta y que para darle contenido social debemos elevar el nivel de vida del pueblo", de donde se sigue que debemos esperar el derrumbe, pues si la libertad es abstracta, hueca, habrá de venirse a tierra, no solo por falta de sostén sino por contra-

dictoria, pues, como todos los valores, la libertad es esencialmente concreta y encuentra su razón de ser en ella misma, en su propia concreción. Sencillamente le estamos haciendo el juego al materialismo repitiendo los slogans que los racionalistas fabrican.

Para Emiliani Román, Occidente no cree en la justicia de su causa, la propaganda comunista encuentra terreno abonado entre nosotros. El comunismo se impondrá a la postre. Pero de parte de Occidente no habrá resistencia, el hombre sin fe, sin libertad, sin amor, se entregará sin luchar. "Y del lejano confín, en abigarrado tropel de máquinas infernales, en medio del polvo sofocante del fanatismo, bajo los alaridos lúgubres del odio, se precipitarán un día muy próximo las compactas falanges del materialismo para imponerle a Occidente la nueva fe y dilatar los dominios de su inmenso imperio, bajo la persuasión cruel del terror. Melancólicamente, no habrá una gran batalla. La razón ya ha abierto las puertas de la fortaleza a sus auténticos discípulos, que serán recibidos con himnos y cánticos de libertadores. La fortaleza de Occidente ha sido entregada por los estragos de la Razón".

Fabio Restrepo Arteaga